

CARTAS PARA TIBY

ISRAEL CAMPOS

© 2025 Israel Campos
© 2025, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: Octubre de 2025

ISBN: 979-13-990201-2-0

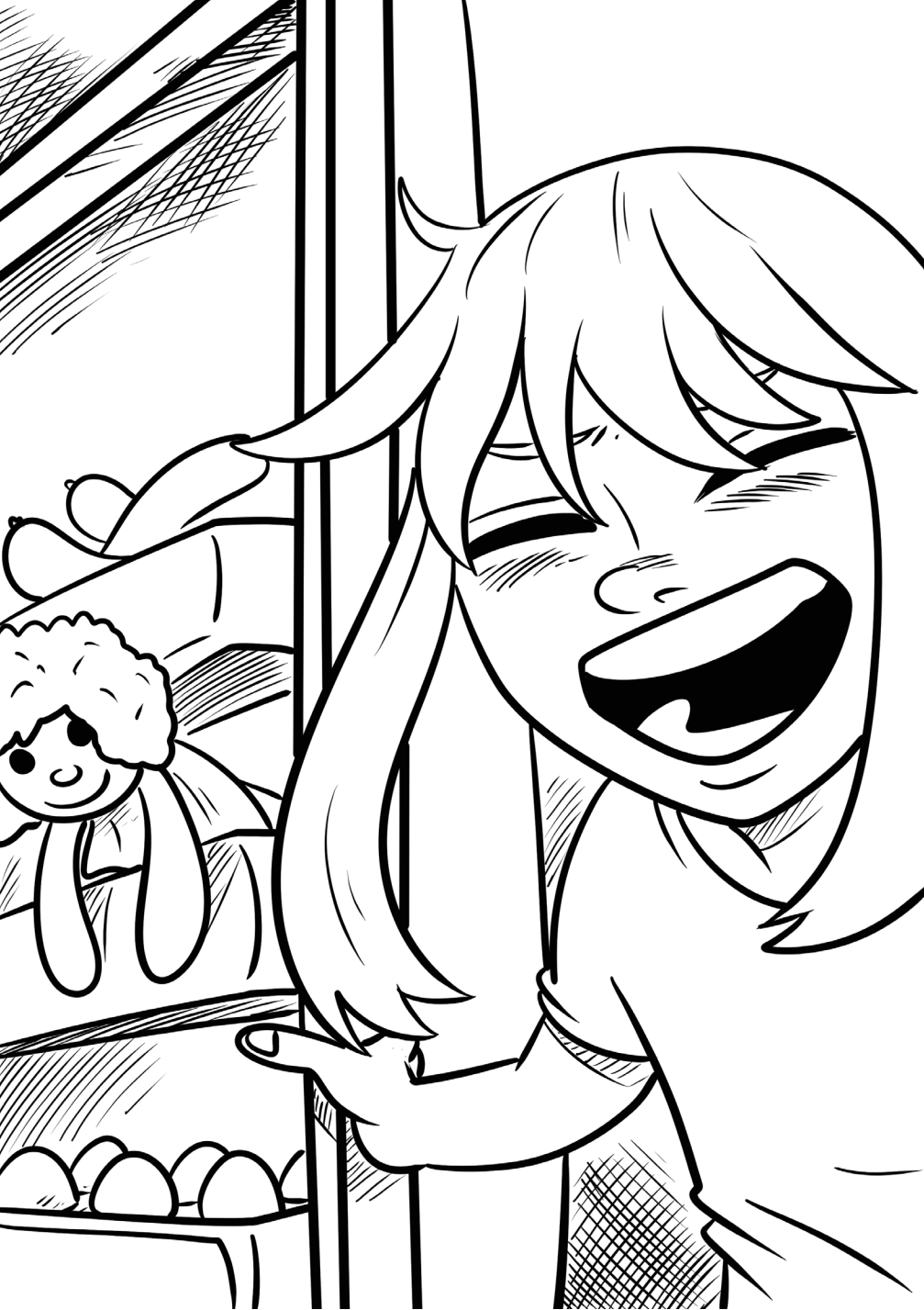
Depósito legal: M-22916-2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Para Lucas

y, por supuesto, para Tiby.

Gracias a los dos por existir.



EL BERRIDO DE CARLOTA

–¡MAMÁÁÁ! –gritó Carlota cuando abrió la nevera.

–Y fue un buen grito, casi un berrido.

Pero ¿por qué una chica de quince años chilla así al abrir la nevera?

¿Quizás encontró comida que apestaba y en mal estado?

¿Vio alguna rata tomando el fresco?

¿Había una lagartija poniéndose morada con los restos de los filetes de la noche anterior?

No.

Se acababa de encontrar una muñeca con los pelos alborotados justo al lado del plato del salchichón.

–¡Pero qué desastre, por favor! –susurró Carlota, cogiéndola (por cierto, estaba muy fresquita)–. ¡Qué desastre de niña!

EL TROPEZÓN DE RAQUEL

Un par de minutos antes del berrido de Carlota, Raquel, su madre, había entrado en la habitación de Tiby. Esta era su hija pequeña y la hermana menor de Carlota.

Nada más pasar, se tropezó con una zapatilla, dio un traspié y menos mal que fue ágil, porque estuvo a un pelo de abrir con su cabeza un agujero en la pared.

Una vez más calmada, Raquel cogió la zapatilla, la colocó en su sitio y contempló en silencio la habitación. Aunque, bien mirado...

No, aquello no era una habitación.

¡Parecía una jungla!

Juguetes por todas partes, ropa tirada por allí y por allá, libros esparcidos por el suelo, más y más juguetes, una goma de borrar, un par de pinturas asomaban bajo la cama...

—¡Pero qué desastre de niña! —susurró desesperada.

Justo en ese momento, oyó el grito de Carlota desde la cocina.

UN POCO ACERCA DE TIBY

¿Qué pasaba con Tiby?

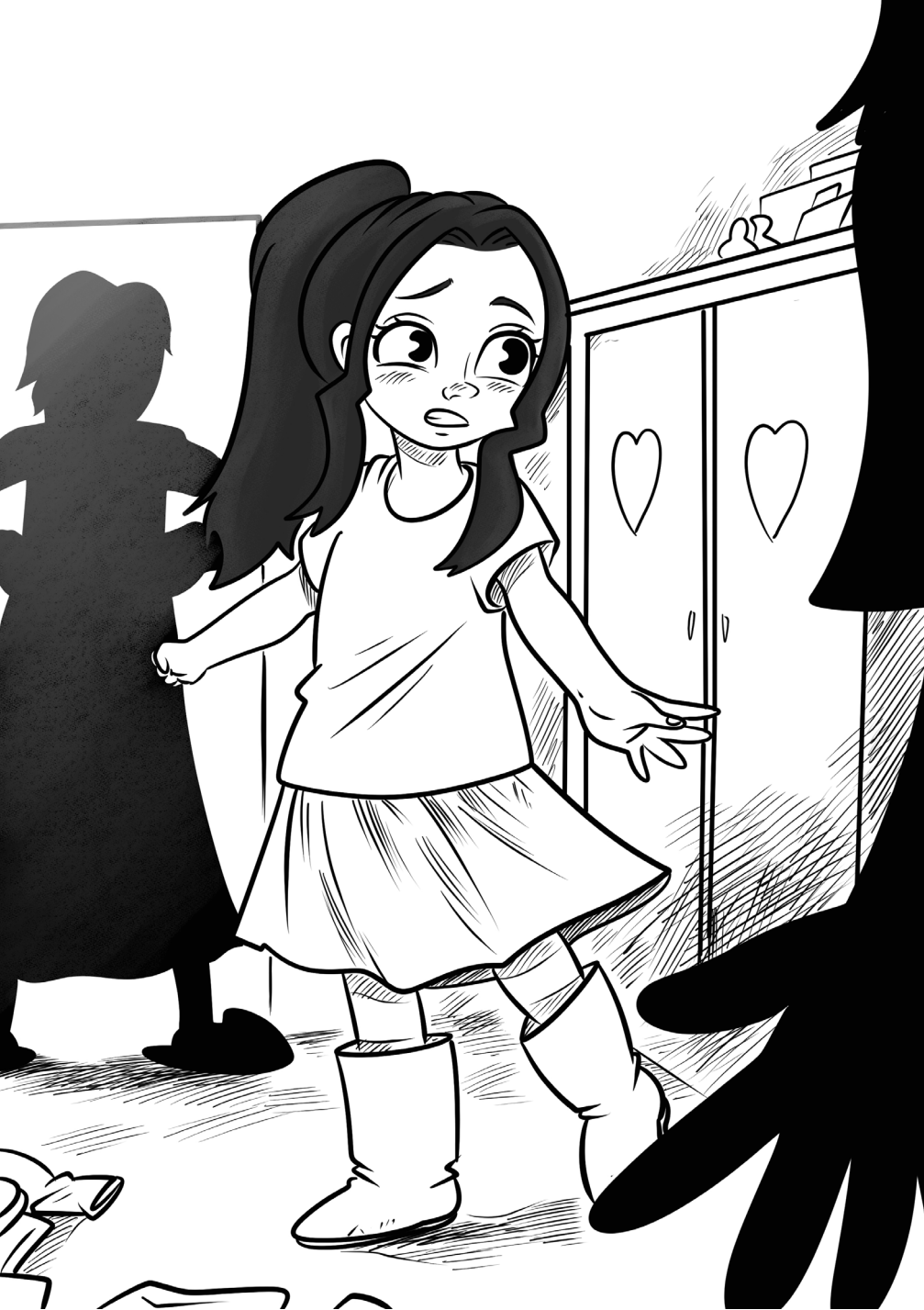
Pues que, a sus siete años, era lo que se suele decir un completo desastre en algunas cosas. No, no se mostraba repelente y antipática. Tampoco se metía en líos. No se portaba mal en el cole y trataba con el debido respeto a su profesor. Además, era una niña simpática, muy agradable y amable, siempre dispuesta a ayudar y a dar lo mejor de sí misma.

Entonces, ¿dónde estaba el problema?

Pues cosas tan importantes como el orden y la organización no iban mucho con ella.

Bueno..., ¡no iban nada de nada!

Lo mismo ponía un calcetín en su cajón; y la pareja, en la casita del gato. Tenía la mala costumbre de hacer las cosas a toda velocidad, deprisa y corriendo y, claro, ¿para qué vamos a hablar de prestar atención?



–Tiby –le dijo Raquel una vez–, no te olvides de traer el libro de Matemáticas, que tienes un control el jueves y debes repasar.

El libro, por supuesto, se quedó en clase.

–Tiby –la avisó Carlota un día de otoño–, acuérdate de meter la bici en casa, que el hombre del tiempo ha dicho que va a llover y puede estropearse con el agua.

Un poco después, justo cuando tronaba con fuerza y caía agua como si fuese un diluvio, Tiby se acordó de la bicicleta.

Otro día, la agenda del colegio, que se perdía más veces que pelos tenía en la cabeza, apareció en el cajón de los calcetines. Cómo llegó allí es un misterio que aún nadie ha sabido resolver.

En una ocasión, su gorro favorito de lana de colores fue descubierto por el gato detrás del mueble del televisor. Eso sí, lleno de pelos, pelusas y demás suciedades.

Además, sucedía otra cosa.

Tiby tenía una imaginación desbordante, tan grande como el universo entero o más. Según Raquel y Carlota, por eso aumentaba los líos en los que se metía. De hecho, había tenido varios amigos que solo ella veía. Uno se llamaba Pepito. Otra, Margarita. Y otro, Manolito. A este último, cuando era más pequeña, incluso lo avisaba por la terraza

para que subiera a comer antes de que las lentejas se enfriasen.

Cuando llegaba el momento y se organizaba un buen lío, todas las charlas terminaban de la misma forma.

—¡Pero qué desastre de niña!

¡Qué desastre de habitación! ¡Qué desastre de armario! ¡Qué desastre de mochila!...

Desastre, desastre, DESASTRE...

Pero había una cosa que solo Tiby sabía. Ni su madre, ni su hermana.

Nadie.

Alguien, desde hacía poco, parecía comprenderla. Por eso le escribía. Y, lo más importante, no usaba jamás la palabra «desastre».

Por eso, después de la regañina a costa de la muñeca que casi se convirtió en helado y de la habitación desordenada, Tiby subió como un rayo a su dormitorio.

EL COMIENZO DE LA BÚSQUEDA MISTERIOSA

Tiby admitió que su madre y su hermana tenían razón. Aquello, más que una habitación, parecía una selva.

Vaya, así resultaría imposible encontrarlo.

Si es que había alguno...

¡Pero Tiby tenía el presentimiento de que sí!
¡Debía de estar en algún sitio!

Se puso a recoger a toda velocidad: juguetes grandes en el cajón verde; los pequeños, en el azul. ¡Anda! Uno de los rotuladores brillantes acababa de aparecer debajo de la mesilla. Y una goma de borrar. Y dos lápices. Y un dibujo que hizo unos meses atrás.

Siguió. Los pantalones al cajón correspondiente —que, unas veces, era el primero y, otras, el segundo—. ¡Uau! Resultó que sus guantes morados aparecieron dentro de la gorra roja que tanto le gustaba.

Y así, al final, la habitación quedó un poco más despejada y se parecía más al dormitorio de una niña de su edad.

¡Y llegó el momento de buscar!

¡AHÍ ESTÁS!

Buscó en los armarios de la ropa.

Nada.

¿Estaría, a lo mejor, bajo la almohada?

No.

—¡Vaya!

¿Bajo la cama, tal vez?

—¡Pues tampoco!

¿Lo habría cogido la cotilla de Carlota? Eso sí que sería un desastre.

Preocupada, Tiby se quedó de pie en mitad de su habitación, rodeada de silencio, mirando a su alrededor.

Y lo vio.

Allí, entre los libros, en uno que empezó a leer hacía poquito tiempo, sobresalía tímida la esquina de un sobre.

—Ahí estás —susurró Tiby con una sonrisa de oreja a oreja.



PARA TIBY

¡Hola, Tiby!

¿Cómo estás? Ya sé, ya sé. Te acaba de caer una buena regañina por lo de tu habitación y por lo de la muñeca. Bueno, reconoce que, en parte, tu madre y tu hermana tienen razón. Pero ¿sabes una cosa? Yo creo que se puede aprender de todo.

¿Recuerdas lo que te dije en mis otras cartas?
¿Lo has pensado?

Me encantaría ayudarte. ¡QUIERO AYUDARTE!

Tú y yo podríamos cambiar muchas cosas.

¿Cómo lo ves? ¡Dime que sí!

Eso sí, recuerda lo que te comenté: si aceptas, esto debe ser un secreto. NUESTRO SECRETO.

Espero tu respuesta.

